



La operación Fénix ha entrado, según fuentes oficiales, en su tercera etapa, que implicaría la reconstrucción del área de Guazapa terriblemente destruida, sobre todo por los bombardeos masivos y los operativos casi permanentes. Tras más de 30 días de combates se puede concluir lo que ya se sabía de antemano. Se ha tratado de un operativo más con enormes gastos por parte de la Fuerza Armada, con muchísimas bajas y con nueva y crecida desolación para la población civil. De momento la Fuerza Armada ha logrado contener y retener proyectos ofensivos del FMLN, mediante el acoso y destrucción de parte de la infraestructura guerrillera; ha logrado asimismo establecer pequeñas bases permanentes y nuevas facilidades de movimiento con la reapertura de la vía Suchitoto-Aguilares y ha obligado a guerrilleros y milicianos a estar en movimiento permanente. Todo esto le ha costado a la FA no menos de 200 bajas, mientras que pueden establecerse en 50 las bajas que ha sufrido el FMLN. Cientos de pobladores se ha visto desplazados y sus lugares y pertenencias destruidos. Pero desde luego el FMLN no ha sido desplazado de Guazapa, como no lo fue tras los terribles bombardeos del mes de noviembre pasado y como no lo ha sido tras más de veinte veces que el Alto Mando ha anunciado haber reconquistado definitivamente el Cerro de Guazapa. Toda una lección que no se quiere aprender.

Efectivamente Guazapa, en mayor grado que otros teatros de operación como Morazán -donde de nuevo ha fracasado otro operativo-, Chalatenango, San Vicente, Usulután, etc., demuestra lo que es una guerra inútil, que repite sus períodos circularmente sin ningún avance significativo. Guaza está a 25 kilómetros de San Salvador y de ningún modo representa un lugar inaccesible por su altura o su vegetación; todo lo contrario es un discreto cerro de 1420 metros de altura, accesible en todas sus partes para cualquier paseante dominguero. Es, por otro lado, un lugar de enorme significado estratégico ya que se constituye en la antesala de comunicación con los suburbios de la capital tanto para futuros ataques guerrilleros como para el tránsito y relación del FMLN con la ciudad y con buena parte de occidente. Pues bien, ni siquiera este cerro, tras cinco años



de incesantes y millonarios ataques ha podido ser dominado por la Fuerza Armada, a pesar de ser tan peligroso para ella y tan útil para el FMLN. Cientos de guerrilleros de todas las organizaciones del FMLN tienen sus campamentos en la zona y de ella salen para sabotear la energía eléctrica y el transportes, para emboscar a sus enemigos y para realizar acciones en la ciudad. Puede calcularse que la FA ha invertido cientos de millones de colones, miles de efectivos, bombardeos de ablandamiento y saturación y con todo ello el FMLN, lejos de perder fuerza en el cerro, la aumenta cada vez más. Si a esto añadimos que el FMLN, a pesar de su presencia tan fuerte y próxima a la ciudad, tampoco puede acometer acciones significativas dentro del ámbito urbano, tendremos la prueba mejor del empantanamiento de la guerra. No resulta muy arriesgado pronosticar que el FMLN retomará sus posiciones en Guazapa, que someterá a fuerte castigo a las guarniciones de la FA y que demostrará una vez más que la operación Fénix, como todas las precedentes habrá resultado infructuosa, si se la quiere entender como avance militar. Y así ¿hasta cuándo? Millones de colones retraídos de la reconstrucción, empleados al contrario en la destrucción del país.

Esta guerra que no cesa, esta guerra que crece en su capacidad de destrucción tiene al país descoyuntado socialmente. Las medidas económicas recientemente tomadas por el gobierno de Duarte, a pesar de su pomposo propósito de estabilización y relanzamiento, tienen fundamentalmente el doble propósito de satisfacer las exigencias del capitalismo internacional, tal como son defendidas por el Fondo Monetario y la de arbitrar nuevos recursos para la guerra. De ahí que los sectores populares no sólo resientan esas medidas sino que se apresten a defender sus intereses, que no son ni los del capitalismo internacional, ni los del militarismo norteamericano, ni los de la derecha salvadoreña ni los de los compromisos gubernamentales. El sábado día Ocho hacía su presentación en público ante el edificio de la Asamblea Legislativa, la Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS), que aglutina a importantes fuerzas laborales y sindicales. Según sus propias declaraciones representan a más de un millón de trabajadores campesinos y obreros y, aunque inicialmente la Unidad está constituida por UPD, COACES



y AGEMIA, la iniciativa ha tenido buena acogida en otros grupos sindicales, de modo que se advierte una recomposición de la unidad de la clase trabajadora, que puede significar mucho en las circunstancias actuales, no sólo para defender sus intereses sino también para promover soluciones al problema del país. Entre sus objetivos está el favorecer el diálogo entre las partes en conflicto y el alcanzar la plena soberanía del pueblo salvadoreño, puntos que son de especial significación y que definen una postura muy precisa, frente a lo que sostiene la derecha, el gobierno y la embajada norteamericana. Todos estos grupos proponen para el próximo 21 de febrero una marcha nacional por la supervivencia de los trabajadores, lo cual pudiera llegar a constituir una muestra de lo que puede hacer la clase trabajadora, como fuerza independiente en beneficio de la paz y del diálogo negociador. Toda esta masa laboral no quiere la guerra, no quiere esta guerra tal como se está desarrollando, porque sabe que la guerra no les favorece a ellos, antes al contrario les desfavorece en grado máximo, tanto porque son los hijos de los trabajadores ~~los~~ quienes la están sustentando con sus vidas como porque son ellos mismos los que más la padecen.

No así los extremistas de la derecha, que una vez más se excitaron artificialmente con la ~~venida~~ ^{Carter} al país del ex-presidente ~~Duarte~~. Los frentes femeninos, pero también las gremiales capitalistas, quieren la guerra, aunque no quieren que sus hijos la hagan. Para eso están los campesinos. Lloran -hacen que lloran- por los soldados caídos, hacen profesión de su amor a la patria y de su deseo de combatir al comunismo, pero siempre que esto no les toque ni en la vida de sus hijos ni en los colones de sus bolsillos. En vez de preguntarse cuál es su responsabilidad remota y próxima en la guerra, en vez de preguntarse quién movió a los escuadrones de la muerte, a los asesinos de las religiosas norteamericanas, de los asesores norteamericanos y de Viet -se acaba de juzgar a los autores materiales, pero no se tienen pruebas legales para los autores y promotores del mismo-, a Mons. Romero y a los demás sacerdotes, a los dirigentes del FDR, a tantos miles de salvadoreños, se lavan las manos diciendo que la culpa es de Carter por no haber impedido el golpe del 15 de octubre de 1979.



Nunca se preguntan por los responsables de estos crímenes, que ciertamente no son atribuibles a los comunistas y que bien saben a quien son atribuibles, pues más de una vez se ha escuchado a quienes se glorían de ellos y aun a quienes de nuevo pretenden poner en marcha acciones asesinas. Estos sí que quieren la guerra y no se asustan de los crímenes y del terrorismo más que cuando los cometen los otros. Están pues contra la clase obrera porque ciertamente sus intereses son contrarios a los de ella.

También está contra la paz y en favor de la guerra la administración Reagan. Mientras los cancilleres del grupo de Contadora, más los cuatro del grupo de apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay), se reunían en Washington para reforzar el camino de la paz negociada en Centroamérica, el presidente Reagan reitera su propósito de pedir más de cien millones de dólares para reforzar a los contras nicaraguenses, cosa que queda prohibida por la declaración de Caraballeda. Reagan no sólo quiere la guerra sino que desprecia a los ocho países democráticos latinoamericanos que buscan una solución negociada y latinoamericana para el caso de Centroamérica. Y esto es lo que dificulta la paz en Centroamérica y lo que hace de momento imposible una solución negociada para El Salvador. Carter en su gira volvió a refrendar que es la negociación y no el triunfo militar lo que puede traer la paz. Y no es difícil de ver que sin superar la injusticia y la miseria no podrá haber paz. Pero no puede haber superación de la injusticia y de la miseria por la guerra. Con todo, la reunión de los vicecancilleres en Panamá, después de varios meses de interrupción ha dado un nuevo impulso a Contadora. También es signo esperanzador el que se reanuden plenamente las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica, así como los buenos propósitos de Vinicio Cerezo para no excluir ni antagonizar a Nicaragua en orden a los arreglos regionales, tal como lo pretende la administración Reagan que busca el que Honduras, Costa Rica y El Salvador hagan frente común contra Nicaragua.

Los progresos en favor de la paz y las dificultades económicas en que se ve El Salvador pueden facilitar el que cada vez mayor número de fuerzas con creciente intensidad y vigor vean que la guerra no es solución sino agravamiento y que la negociación puede terminar con ella y favorecer la reconstrucción.



Nunca se preguntan por los responsables de estos crímenes, que ciertamente no son atribuibles a los comunistas y que bien saben a quien son atribuibles, pues más de una vez se ha escuchado a quienes se glorían de ellos y aun a quienes de nuevo pretenden poner en marcha acciones asesinas. Estos sí que quieren la guerra y no se asustan de los crímenes y del terrorismo más que cuando los cometen los otros. Están pues contra la clase obrera porque ciertamente sus intereses son contrarios a los de ella.

También está contra la paz y en favor de la guerra la administración Reagan. Mientras los cancilleres del grupo de Contadora, más los cuatro del grupo de apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay), se reunían en Washington para reforzar el camino de la paz negociada en Centroamérica, el presidente Reagan reitera su propósito de pedir más de cien millones de dólares para reforzar a los contras nicaraguenses, cosa que queda prohibida por la declaración de Caraballeda. Reagan no sólo quiere la guerra sino que desprecia a los ocho países democráticos latinoamericanos que buscan una solución negociada y latinoamericana para el caso de Centroamérica. Y esto es lo que dificulta la paz en Centroamérica y lo que hace de momento imposible una solución negociada para El Salvador. Carter en su gira volvió a refrendar que es la negociación y no el triunfo militar lo que puede traer la paz. Y no es difícil de ver que sin superar la injusticia y la miseria no podrá haber paz. Pero no puede haber superación de la injusticia y de la miseria por la guerra. Con todo, la reunión de los vicecancilleres en Panamá, después de varios meses de interrupción ha dado un nuevo impulso a Contadora. También es signo esperanzador el que se reanuden plenamente las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica, así como los buenos propósitos de Vinicio Cerezo para no excluir ni antagonizar a Nicaragua en orden a los arreglos regionales, tal como lo pretende la administración Reagan que busca el que Honduras, Costa Rica y El Salvador hagan frente común contra Nicaragua.

Los progresos en favor de la paz y las dificultades económicas en que se ve El Salvador pueden facilitar el que cada vez mayor número de fuerzas con creciente intensidad y vigor vean que la guerra no es solución sino agravamiento y que la negociación puede terminar con ella y favorecer la reconstrucción.